

Mí querida Leo

Una vez había un niño que vivía con su abuelo en el monte, en un pueblo casi desierto, pues todos sus habitantes habían mudado hábitos y residencia en la comodidad de las ciudades. El niño gustaba de pasear con su abuelo, de escucharlo, de aprender a su lado. El día de su décimo cumpleaños, el abuelo llevó al niño a un lugar donde nunca antes le había llevado, un lugar alejado, monte arriba, lejos de los caminos cotidianos. Tomaron por una senda estrecha, cerrada, donde apenas se adivinaba el trazo a seguir. El abuelo le contaba, mientras apartaban ramas de setos y hojas de cardos, que antaño por aquel camino - aún era camino en la memoria del anciano - pasaban todas y cada una de las parejas de enamorados que en el pueblo habitaban. El niño seguía al abuelo sin entender, en silencio, maravillado por el nuevo lugar averiguado. De repente, el sendero se tornó en claro, y en un rincón de la explanada aún se podía apreciar lo que sin duda años atrás fuera un banco. La explanada estaba sembrada de enormes pinos, pinos de tronco grueso, altos, pinos de corteza ancha y generosa. El abuelo empezó a andar en círculos alrededor primero de un árbol, después de otro, y así hasta que por fin se paró y sacó del bolsillo una vieja navaja.

Con pulso ya inseguro pero con decidida intención, el abuelo cortó un trozo de corteza. Se dirigió al muchacho y ambos se sentaron. Sin hablar, como solía tan a menudo hacer el anciano, empezó a tallar la corteza. Poco a poco fue apareciendo a los ojos del muchacho un redondo corazón de corteza de pino, un corazón tallado con más pasión que maestría, pero un precioso corazón. Cuando el abuelo terminó, colocó en las manos del todavía niño navaja y corazón y le dijo:

-Éste es mi regalo. Con un corazón como éste no necesité hablar para que tu abuela entendiera antes de casarnos.

Desde aquel día el muchacho volvió casi cada semana al lugar donde recibió el regalo. Talló corazones, muchos, pero también caballos, perros, árboles, casas. Poco a poco se convirtió en un verdadero artista de la talla.

El año en que cumplía diecisiete, se acercó a su abuelo para decirle

-Abuelo, vivo en un lugar que me gusta, trabajo en lo que me agrada, estoy sano, tengo una familia que me quiere, y sin embargo abuelo, no soy feliz. Ya no disfruto tallando, ya no me emociona el olor de la tierra después de la lluvia, ya no deseo salir cada mañana a vivir un día nuevo, ya no puedo...

El abuelo no le dejó continuar.

-Tu angustia hijo, esa angustia que oprime y quema y duele es la angustia de la soledad muda. Es la angustia de los corazones tallados sin destinatario. La soledad solo es buena si es sonora, si brilla en nosotros, si nos habla y nos enseña. Tienes tus manos llenas de ilusión y no sabes qué hacer con ella. Ya no quedan muchachas en el pueblo para llevarlas al claro. Marcha hijo mío, es tu hora. Y no olvides, que tu soledad, la soledad que siempre te acompañará, que sea sonora. Si no, de nada servirán mujer, hijos, amigos.

¿Cómo termina el cuento? Ni idea. Podría decirte que el muchacho volvió un día con una mujer y le talló un corazón en medio del claro, o que no soportó la vida en la ciudad y la heroína fue su nueva navaja de ilusión, o peor aún ,que vivió gris, solo, mudo y angustiado el resto de sus días, o que se convirtió en un famoso tallador de diamantes que jamás fue capaz de entender qué quería decir el abuelo con lo de la soledad sonora, o, por qué no, que fue feliz porque supo cómo lograr que la ilusión, esa misma ilusión que tienes tu por ser feliz, por compartir, por soñar junto a quien te entienda, no caducara. Porque cuando dejamos a la ilusión fuera de la nevera del corazón, caduca y se pudre y se convierte en amargura. ¿Sabes lo mejor de todo? Tener amigos con nevera que nos quieran guardar el tarro cuando en nuestro corazón se va la luz. En la mía hay sitio. Que lo sepas.

©Lluís Villar.